XIV

Justicia paternal.

Así que Santiago salió á recibir á sus señores, quedaron solos Margarita y sus padres.

La jóven seguia desmayada, y su abuela la habia acomodado en el canapé en que poco antes habia estado recostada.

Pronto invadió la multitud el vestíbulo, y los afligidos aldeanos pudieron ver los blancos vestidos de las jóvenes, que se precipitaron en él como una bandada de hermosas palomas.

Entre ellas iba Enrique dando el brazo á su esposa.

Era ésta una jovencita, como ya he dicho, de unos diez y siete años, algo delgada y de mediana estatura: tenia la tez morena, y los ojos y los cabellos negros y hermosos: en su carita, fresca, rosada y graciosa, se pintaba una expresion llena á un mismo tiempo de viveza y de bondad.

Llevaba un vestido blanco y liso de muselina; una manteleta de la misma tela, coquetamente guarnecida de volantes, y cerrada en el

pecho con un lazo de cinta rosa y un sombrerito de paja: en la mano, que apoyaba en el brazo de Enrique, tenia su abanico de sándalo, y en la otra una sombrilla de seda blanca, guarnecida de encaje.

Cuando entró con su esposo en la sala donde estaba Margarita con su abuela y su padre, empezaba aquella á volver en sí: su primera mirada se derramó lánguidamente en derredor suyo, y se fijó en Enrique, que acompañaba á otra mujer.

Al verle pareció recobrar de repente toda su fuerza: levantóse rápidamente del sofá, corrió hácia él, y se dejó caer á sus piés, exclamando con una voz que partia de su corazon:

—¡Enrique!

La impetuosidad de su movimiento habia desprendido su papalina, que cayó al suelo, descubriendo las hermosas madejas de sus cabellos, rubios y sedosos.

—¡Margarita! ¿qué me quieres? preguntó el jóven reconociéndola y miránndola con afectuoso interés: vamos, habla: ¿qué te sucede?

—¡Enrique! ¡con que me han engañado! ¡no estoy casada contigo! exclamó dolorosamente la desdichada.

Una carcajada general acogió aquellas palabras, incomprensibles para todos los concurrentes, é hizo cubrir de púrpura la adusta frente de Benito.

—¡Pobre criatura! exclamó Enrique con una mirada de compasion: ¡ha perdido la cabeza! ¿quién lo hubiera creido cuando cortaba, cantando por las tardes, las flores de la pradera?

—Señor, dijo entonces Benito adelantándose con firmeza, en tanto que la buena Cecilia lloraba desconsoladamente: señor, esta infeliz no ha perdido la cabeza; ha sido, sí, el juguete de un infame que se abriga aquí en la casa de V. E.

—¡Qué dice usted, buen hombre? repuso Enrique: si alguno ha causado algun daño á Margarita, yo sabré castigarle; pero antes necesito que me diga...

—Yo mismo no lo sé muy bien, señor, continuó Benito, cuya frente estaba bañada de un helado sudor: solo mi hija puede explicar lo que ha pasado aquí.

—Habla, dijo Enrique, en tanto que los convidados reian, haciéndose señales maliciosas: habla, Margarita: ¿qué te ha sucedido?

—Enrique, murmuró la jóven con voz desfallecida: Enrique, yo te amaba... te amaba desde aquellos dias en que te encontraba al ir á coger flores á los campos... no, me engaño... te amaba antes de conocerte... yo te amo todavía...

La desgraciada pasó las manos por su frente enardecida... el pensamiento le huia y el delirio clavaba en sus sienes sus garras de fuego...

—¡Un poder!... sí, ese hombre me dijo... que traeria un papel escrito... llamado un poder...

por el cual se casaria conmigo en nombre tuyo... y que luego vendrias tú... porque me aseguró que era tu hermano... sí, tu hermano... y ahora sé que es tu criado, y me hallo casada con él!

Margarita no pudo decir más; ahogábala una respiracion agitada y ardorosa... la fiebre discurria por sus venas, y abrasaba su cerebro.

Los convidados, conociendo que allí ocurria alguna gran desgracia, y que lo que creian simpleza de aquella muchacha, no eran otra cosa que lamentos de un agudo dolor, suspendieron sus risas y sus cuchicheos, y hasta algunos de ellos fueron desapareciendo poco á poco de la estancia.

—Esto es alguna picardía de Santiago, dijo por lo bajo Enrique á su esposa.

—¡Oh, merecia un castigo horrible, ejemplar! exclamó ésta indignada.

—Es verdad, repuso con amargura Enrique; sí, merecia un castigo ejemplar; pero no hay pruebas de su crímen, y...

Luego, dirigiéndose á Benito, añadió con dolor y como avergonzado:

—Buen hombre, crea Vd. que su desgracia contrista mi corazon; pero no puedo hacer más que despedir de mi casa á ese bribon: ¿podrá amenguar eso la pena que Vd. siente?

—Eso la hará más grande, señor, repuso Cecilia: ese hombre puede, donde quiera que esté, reclamar á su mujer.

—Y sin embargo, mi querida señora, prosiguió Enrique tomando afectuosamente la mano de la anciana, nada más puedo hacer: la culpa de todo la tiene la inocencia de esa pobre niña, que ha creido cuanto ese infame la ha dicho: ¡pero, Dios mio! ¿tan poca confianza tenia en su familia que para nada ha contado con ella?

Benito contestó solo con un gemido sordo, y la pobre anciana se inclinó llorando sobre la rubia cabeza de su nieta, cuyos dientes se entrechocaban con el frio de la fiebre.

—Ese vil sabia que era rica, y ha querido hacerse dueño de su caudal por medio del casamiento: ¡oh, justicia! exclamó Enrique siguiendo el curso de sus pensamientos. ¡Oh, leyes humanas! ¡es posible que no tengais castigo para estos atentados!

—¿Con que la ley no castigará á ese hombre? murmuró Benito con ronca voz, y fijando en Enrique una mirada torva.

—No, amigo mio; porque ese hombre alegará que no ha habido engaño de su parte... que Margarita, arrepentida, ó quizá por un capricho, quiere ahora romper un lazo que poco antes formára su voluntad; y como su hija de usted no podrá legalmente probar lo contrario, la ley le ordenará que siga á su esposo.

—Entonces, vámonos, madre, dijo con as-

pereza Benito: nada tenemos que hacer aquí.

—¡Cómo! ¡abandonas á tu hija! exclamó la anciana exasperada.

—¿No está con su marido? repuso el afligido padre con amargura: él es su amo, como quien dice, y nos puede echar ds esta casa.

—Aquí el dueño soy yo, dijo Enrique con dignidad, y nadie se atreverá á echarles.

—De ese modo, señor, ¿podré quedarme á cuidar de mi hija, en tanto que recobra la salud? preguntó la anciana Cecilia.

—Sí, buena mujer, contestó la esposa de Enrique: van á preparar un lecho para Margarita: le acostará Vd., y no se separará de ella hasta que esté restablecida, y se haya conformado algun tanto con su suerte; además, aquí tendremos dentro de poco á nuestro médico, y...

—¡Gracias, señora! ¡muchas gracias! exclamó la anciana, besando las manos de la desposada con tierna y entusiasta efusion.

Benito se acercó á su hija, y la abrazó con ternura profunda y sombría; abrazó tambien á Cecilia. Despues, volviéndose á los jóvenes esposos:

—Adios, señores, dijo con voz conmovida: el cielo les haga felices; y desapareció.

—Ese hombre va á matar al infame Santiago, dijo en voz baja Enrique á su mujer: y aunque lo tiene merecido, bueno será evitarlo, al ménos por el pobre padre.

—¡Oh, sí, sí! exclamó Luisa: corre á evitar una desgracia que me parece cierta: yo cuidaré entre tanto de estas infelices.

Salió Enrique en busca de su ayuda de cámara, á quien halló en el vestíbulo.

—¿Qué has hecho? le preguntó severamente.

—Señor, contestó Santiago con cínica sonrisa: he seguido el ejemplo de V. E.

—¿Cómo?...

—Me he casado.

—Santiago, dijo Enrique: tú has cometido una villanía, que las leyes quizá dejarán impune ó serán muy lentas en castigar; pero yo no debo obrar como las leyes: Santiago, no puedes permanecer en mi casa ni un instante más.

—Eso no me sorprende, señor, dijo el criado, quien, á pesar de su fingida hermandad, no habia dejado un solo dia su elegante levita de ayuda de cámara.

—¿Es decir, observó Enrique, que estabas decidido á marcharte?

—Al momento, señor.

—¿Y Margarita?

—La dejaré al servicio de la esposa de V. E., si no lo lleva á mal.

—¿Para eso te has casado?

—Debo ante todo, señor, procurarme con qué mantenerla, y para eso voy á pedir la dote de mi mujer al viejo rústico de su padre.

—¡Cómo! ¿quieres ponerte frente á frente de ese padre ultrajado?

—¿Y por qué no, señor? si no fuera por su rica dote, ¿me hubiera yo casado con esa labriega, á pesar de su bonita cara? Mas bien hubiera aceptado para esposa á la señora Brígida, la gruesa y vetusta ama de llaves del señor padre de V. E.; pero comparé los ahorros de aquella con la dote de Margarita, y me decidí á ser labrador... y propietario.

—¡Eres un infame! exclamó irritado Enrique.

—Ya lo sé, contestó flemáticamente Santiago: pero, señor, estoy perdiendo un tiempo precioso: voy á la alquería de los álamos.

—Por lástima hácia tí, y por evitar á ese hombre honrado un crímen, te aconsejo que no vayas.

—Señor, como dice el refran: *el llanto sobre el difunto*; además, aquí tengo dos compañeras, que, si es menester, me servirán de mucho.

Al decir Santiago estas palabras, abrió su levita y enseñó un par de pistolas.

—¡Santiago! gritó Enrique: ¡serias tambien asesino!...

—No las emplearé si no se me obliga á ello, señor; pero como Margarita tenia un novio así, á manera de Goliat, puedo hallarme con él, y no me gustaria que me cogiese desprevenido: conque hasta luego, mi querido señor; hasta luego.

Santiago volvió á ponerse la gorra que se habia quitado al ver á su señor, y que apenas podia sujetar los espesos rizos de sus cabellos rubios, y bajó la escalera con precipitacion.

Enrique le siguió: le vió salir al campo, y permaneció un instante pensativo.

—¡Ah! exclamó por fin: ¡quiero seguirle, sí... es preciso... al ménos por la parte que he tenido en la desventura de esa pobre niña, debo seguirle para evitar otra desgracia mayor.

.....

Algunos instantes despues, marchaban por uno de los muchos senderos que cruzan aquel hermoso valle, Santiago á pasos lentos y con las manos cruzadas á la espalda, y Enrique detrás á corta distancia.

De repente se detuvo éste, y palideció: habia descubierto á su izquierda á Benito, que absorto sin duda en sus negros pensamientos no habia andado todavía la tercera parte del camino que separaba el castillo de la alquería.

La senda que seguia el infeliz padre iba á morir precisamente en la que seguia Santiago.

Este levantó la cabeza de pronto y vió al padre de Margarita: le examinó con una mirada, y viéndole desarmado y con los brazos cruzados sobre el pecho, se tranquilizó y siguió su camino para salirle al encuentro.

Enrique, algo más sosegado tambien al ver

la actitud abatida de Benito, siguió su camino, deseoso de acercárseles cuanto antes.

De repente levantó tambien Benito la cabeza, y se extremeció: habia visto á Santiago: anduvo algunos pasos más, y bien pronto le ocultó un espeso matorral que crecia á un lado del camino.

Pero allí debió detenerse, pues no se le vió volver á aparecer: poco despues llegó Santiago á aquella especie de frondoso jaral.

No bien habia desaparecido tras él el ayuda de cámara, llegaron á oidos de Enrique un pistoletazo, un grito agudo y otro pistoletazo. Enrique apresuró el paso, y los labradores que trabajaban en los campos cercanos acudieron en seguida: pero todos hallaron detrás del matorral á Benito y á Santiago nadando en un charco de sangre.

El primero respiraba aún; empuñaba con mano nerviosa y crispada una pistola: y aunque la herida que tenia en la cabeza le quitaba la vida por momentos, en sus contraidas facciones se veia pintado un gozo salvaje, emanado del cumplimiento de su terrible venganza.

Santiago habia espirado ya; tenia una herida en el pecho, y cerca de él se veia otra pistola igual á la que empuñaba Benito.

—¡Un Sacerdote, pronto, un Sacedorte! gritó Enrique echándose de rodillas al lado del padre de Margarita, que perdia sangre de un modo horroroso.

—¿Y la justicia? objetó tímidamente uno de los labradores.

—¡Dejaremos que se pierda su alma por temor de la justicia! exclamó el generoso jóven: ¡llamadla, añadió con fuerza, yo seré el primero que se dé preso; pero corred, porque se muere!...

No bien Enrique acababa de pronunciar estas palabras, apareció el Sacerdote que pedia: el virtuoso Párroco de la aldea, que se hallaba en una alquería próxima, habia oido los disparos, y acudia al trote de una poderosa mula, por si acaso eran necesarios los consuelos de su ministerio.

—¡Padre... perdon! murmuró Benito, cuyos ojos se cubrian ya con las sombras de la muerte: ese hombre ha engañado á mi hija... al verle, no pude contener... el deseo de castigar su infamia... me abalancé á él... pero sacó una pistola, y entonces... me apoderé de ella, disparé... y él al mismo tiempo... sacó otra del pecho y disparó tambien... ¡Muero... pero estoy vengado!... ¡Dios mio... tened piedad de mí!

—¡Pagas con tu vida tu delito, hijo mio! murmuró el Sacerdote: ¡Dios, todo bondad, te llama junto á él...

—Señor!... no abandone V. E. á mi hija... y abrácela por mí!... añadió Benito con voz cada vez más débil y entrecortada. ¡Sepa que muero bendiciéndola... y que la perdono!...

—Lo sabrá, amigo mio, contestó Enrique, por cuyas mejillas corrian abundantes lágrimas.

—Gracias, señor... y ahora, hasta el cielo... donde me espera mi mujer!... ¡desde allí... llamaremos... los dos... á nuestra... hija!...

—¡Desdichado mártir! dijo el Sacerdote extendiendo sus sagradas manos sobre la mutilada cabeza de Benito.

Este entreabrió los ojos, y los clavó en el cielo; iluminóse su semblante con una inefable expresion de contento, y murmuró con una voz parecida á un suspiro:

—¡Voy... Margarita!... ¡Gracias... Dios... mio!...

Habia muerto.

Enrique, el Sacerdote y los labradores, doblaron la cabeza y oraron con fervor.

Cuando llegó la justicia, Enrique refirió lo ocurrido, y despues de practicar las informaciones y pesquisas legales para cerciorarse de la verdad, y de recoger los cadáveres, se retiró sin molestar á nadie.

XV

Las despedidas.

Dos dias despues del en que tuvieron lugar los acontecimientos que acabo de referir, se celebraron la exequias por el alma de Benito en la iglesia de la aldea.

Todos los vecinos concurrieron á ellas, y rogaron con fervor por su eterno descanso.

La desgracia de Margarita causó tanto pesar, como horror la memoria del verdugo del padre y de la hija.

Y digo de la hija, porque Margarita, el dia que bajaron á la tierra el cadáver del su padre, se hallaba en la agonía.

Luisa, la jóven y linda esposa de Enrique, le prodigaba toda especie de cuidados; mas en vano; la noticia de la terrible catástrofe habia llegado hasta ella; y á pesar de haberle Enrique trasmitido el perdon y la bendicion de su padre, la imaginacion demasiado ardiente de Margarita, veia sin cesar la sombra sangrienta é irritada de Benito, y la blanca y pálida figura de su madre, que la acusaba de parricida.